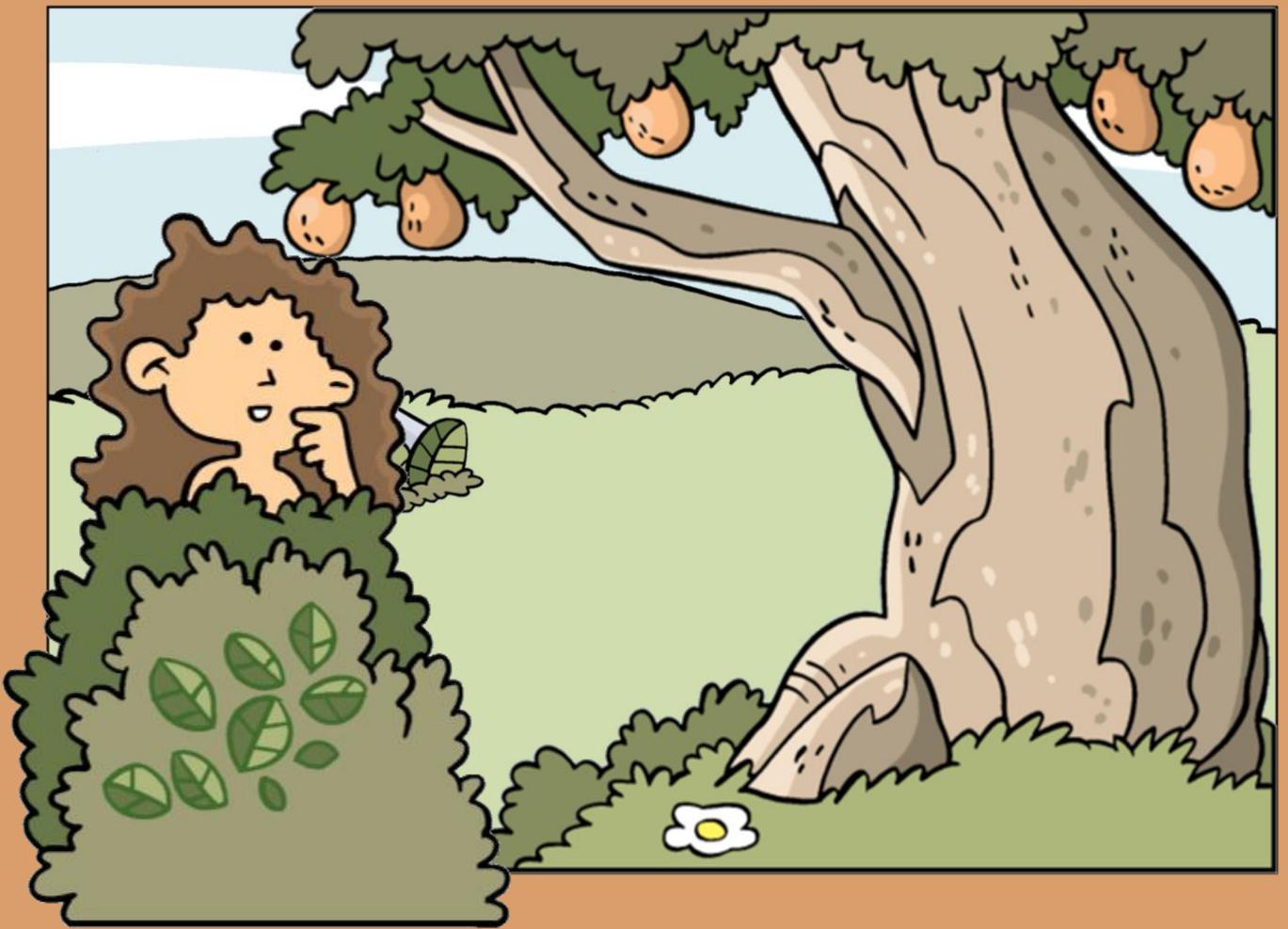


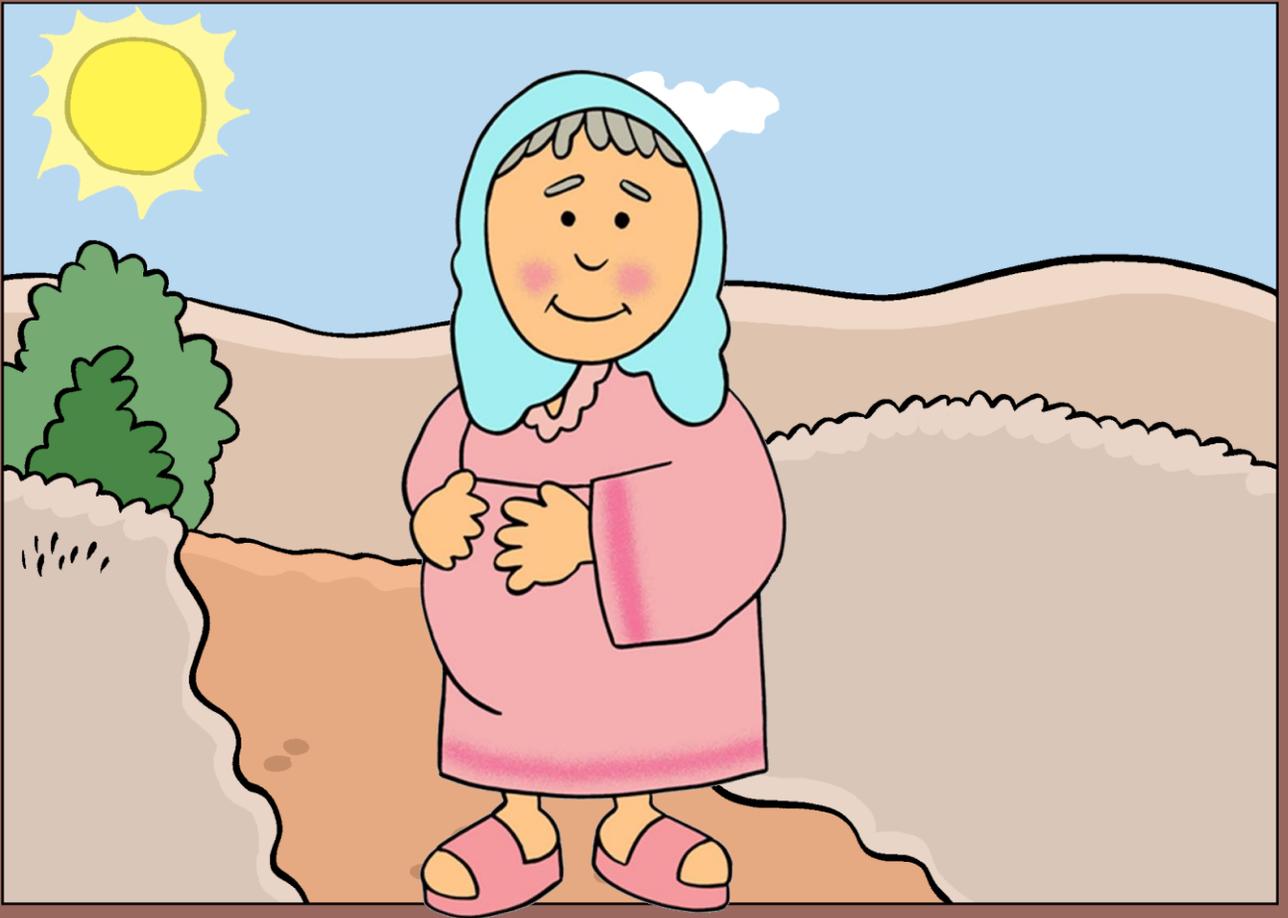
Niñas y mujeres en la Biblia



Eva

El Señor Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo. Haré una ayuda ideal para él». Entonces el Señor Dios hizo que el hombre cayera en un profundo sueño. Mientras el hombre dormía, el Señor Dios le sacó una de sus costillas y cerró la abertura. Entonces el Señor Dios hizo de la costilla a una mujer, y la presentó al hombre.

Después, el hombre —Adán— le puso a su esposa el nombre Eva, porque ella sería la madre de todos los que viven. Eva suena como un término hebreo que significa «dar vida».



Sara

Dios habló a Abraham y le prometió que le daría tantos descendientes como estrellas en el cielo. Abraham y Sara creyeron la promesa de Dios. Sara dio a luz a su primer y único retoño, Isaac, a la avanzada edad de 90 años.

Sara, mujer de Abraham, tiene el honor de ser la única mujer de la Biblia cuya edad al morir —127 años— quedó registrada, lo que indica el gran respeto que se le muestra en su calidad de madre del pueblo hebreo. El apóstol Pedro citó a Sara como ejemplo de mujer santa encomendada a Dios y poseedora de una belleza espiritual interior



Jocabed, Miriam y una princesa Egipcia

Faraón vio que los esclavos israelitas estaban teniendo muchos bebés, así que ordenó que todo bebé Israelita varón fuera asesinado arrojándole al río Nilo.

Una mujer israelita llamada Jocabed colocó a su bebé en una cesta y la puso en el río mientras oraba para que el Señor protegiera al chiquitín. Miriam, que era la hermana mayor del bebé, se mantuvo cerca para ver qué le sucedería a su hermanito.

La hija del faraón estaba bañándose en el río cuando vio la cesta que flotaba cerca. La princesa egipcia la abrió y encontró al bebé llorando. Miriam se acercó a la princesa y le preguntó si quería que buscara a una nodriza hebrea para amamantar al bebé. La princesa le dijo que sí.

Moisés se salvó y fue criado por una princesa gracias a la fe de su mamá y a la acción de su hermana mayor.



Rahab

Cuando Moisés murió, Josué se convirtió en el nuevo líder de los Israelitas. Josué fue un buen líder porque confiaba y obedecía a Dios.

Josué envió dos espías a la ciudad cananea de Jericó que estaba protegida por fuertes murallas. En esa ciudad vivía una prostituta llamada Rahab que escondió a los espías y luego les ayudó a escapar. Ella hizo esto porque creía en Dios. Ellos prometieron proteger a Rahab y a su familia cuando los israelitas destruyeran Jericó.

Rahab y su familia pasaron a formar parte de los israelitas. Mas tarde, Rahab se casó conforme a las costumbres judías y se convirtió en uno de los antepasados de Jesús.



Ruth

Luego de haber vivido varios años en la tierra de Moab y de sufrir la muerte de su esposo y de sus dos hijos, Noemí regresaba a su tierra natal, Israel. Con ella viajaba Rut, una joven que había sido esposa de uno de los dos hijos de Noemí. Aunque Noemí les había sugerido a sus nueras que regresaran a su tierra natal, Moab, Rut decidió ir con Noemí a Israel. «No me pidas que te deje. A donde sea que vayas, yo iré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios, mi Dios», le dijo Rut a Noemí.

Luego de un largo viaje, Noemí y Rut llegaron a Belén en plena época de cosecha. Como eran pobres, Rut se iba a recoger los granos que quedaban en la tierra una vez que los trabajadores terminaban con la cosecha de los campos. Allí conoció a Boaz, dueño de tierras y pariente del que había sido marido de Noemí.

Boaz y Rut se enamoraron y se casaron. Tuvieron un hijo a quien llamaron Obed, quien sería el abuelo del rey David. Este árbol genealógico continuaría varias generaciones más hasta llegar a un descendiente muy especial: Jesús, el Hijo de Dios.



Ana

Vivía en Israel una mujer que se llamaba Ana, estaba casada y no tenía hijos. Un día, mientras oraba en el templo, Ana prometió a Dios que si le daba un hijo, lo criaría para que le sirviera a Él. Dios respondió a su oración dándole a ella y a su marido un niño a quien pusieron de nombre Samuel.

Tal como prometió, Ana crió a Samuel para amar y servir al Señor. Cuando Samuel tuvo edad suficiente, Ana lo llevó al templo para que allí lo educaran, y le explicó al sacerdote Elí: «Yo era la mujer que viste orando por un hijo hace unos años. El Señor Dios ha respondido mis oraciones, y mi marido y yo queremos que tú eduques a Samuel para servir a Dios.»

Samuel creció sirviendo al Señor, y llegó a convertirse en uno de los mayores profetas y jueces de la historia de Israel.



La sierva y el general Naamán

Naamán, un general del ejército de Siria, tenía una grave e incurable enfermedad de la piel. Una joven judía que servía en la casa de Naamán le dijo a su señora: «Mi señor debería visitar al profeta que vive en Samaria. El profeta podría curar la enfermedad de la piel de mi señor».

Así pues, Naamán fue con sus caballos y con su carro a la casa del profeta Eliseo. Cuando llegó, Eliseo envió a su sirviente a decirle a Naamán que se lavara en el río Jordán siete veces.

Al principio Naamán se sintió humillado de que le pidieran que hiciera algo tan sencillo. Sin embargo, su sierva le dijo: «Señor, si el profeta le hubiera dicho que hiciera algo difícil, lo hubiera hecho. Ahora solo debe lavarse, como le pidió, y curarse».

Naamán hizo lo que le pidió Eliseo y se sanó por completo. Esto ocurrió gracias a la fe en el poder de Dios para curar que tenía la joven sirvienta, que le habló a su señora del profeta Eliseo.



Ester

Ester era una joven judía que llamó la atención de Jerjes, rey de Persia y llegó a ser reina. Cuando Amán, un corrupto ministro de la corte, ordenó que se matase a todos los judíos del reino, Ester arriesgó la vida para salvar a su pueblo.



María

Dios mandó al ángel Gabriel a un pueblo de Galilea llamado Nazaret, donde vivía una joven llamada María; era virgen, pero estaba comprometida para casarse con un hombre llamado José. El ángel entró en el lugar donde ella estaba, y le dijo: —María, no tengas miedo. Ahora vas a quedar encinta: tendrás un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será un gran hombre, al que llamarán Hijo del Dios.

María respondió: —Soy la sierva del Señor. Que se cumpla todo lo que has dicho acerca de mí.

A María se la llamó «bendita entre las mujeres» por cumplir el papel de madre del Salvador del mundo



Una mujer Samaritana

Mientras Jesús viajaba por Samaria junto a Sus seguidores, se detuvo a descansar junto a un pozo de agua. Allí conoció a una mujer samaritana a quien le habló del «agua que da vida». Continuando la conversación, le anunció que Él era el Mesías.

La mujer corrió a la ciudad y le habló a todo el mundo de Jesús. La gente salió de la aldea para verlo y muchos samaritanos de esa aldea creyeron en Jesús por la palabra de la mujer.



La hija de Jairo

Un día, mientras Jesús caminaba por la ciudad enseñando a Sus discípulos, se le acercó Jairo, uno de los dirigentes de la sinagoga. Jairo se arrodilló a los pies de Jesús y le rogó que fuera a su casa para orar por su hija moribunda. Jesús fue con Jairo de inmediato.

Por el camino, Jesús se detuvo para sanar a una mujer que llevaba doce años enferma. Durante ese retraso, un mensajero se acercó a Jairo para decirle: «Tu hija ha muerto. Ya no hace falta que Jesús vaya a tu casa.» Pero Jesús dijo a Jairo: «No temas, cree solamente». Jesús y algunos de Sus discípulos acompañaron a Jairo a su casa, y allí Jesús oró por la hija de Jairo que tenía doce años. Y ella al instante se levantó y caminó.

¿Te imaginas lo emocionada que estaba de conocer a Jesús y ser una de las personas a quienes Él sanó?



María y Marta

María y Marta tenían una estrecha amistad con Jesús. En muchas ocasiones Él y Sus discípulos se alojaron en casa de ellas. Jesús elogió a María por escuchar atentamente Sus enseñanzas; Marta, por su parte, fue la primera en reconocer que Jesús era el Mesías y el Hijo de Dios.

En una ocasión, Jesús estaba de visita y vino María con un vaso de alabastro lleno de un perfume muy valioso. Mientras Jesús comía, ella derramó el perfume sobre Su cabeza.

Jesús les dijo: «Os digo que donde sea que se predique este evangelio, en todo el mundo, se contará lo que esta mujer ha hecho. Y la recordarán por ello.»



Loida y Eunice

Loida y Eunice fueron, respectivamente, la abuela y la madre de Timoteo, a quien instruyeron desde pequeño en el conocimiento de las Escrituras y que a la postre llegó a ser uno de los dirigentes de la incipiente iglesia cristiana. Ambas fueron reconocidas por su fe.

Pablo escribió a Timoteo reconociendo la buena influencia que su madre y abuela había ejercido sobre él y recordándole: «sigue creyendo en las cosas que aprendiste y que crees, recordando quién te las enseñó. Desde niño conoces la Biblia, y eres salvo por creer en Jesús.»

www.freekidstories.org

Art courtesy of [Didier Martin](#). Text from the Bible and various Bible-based sources.